



## Asamblea General

Distr. general  
2 de noviembre de 2001  
Español  
Original: árabe

---

**Quincuagésimo sexto período de sesiones**

**Primera Comisión**

Tema 74 del programa

**Desarme general y completo**

### **Carta de fecha 1º de noviembre de 2001 dirigida al Secretario General por el Representante Permanente del Iraq ante las Naciones Unidas**

Siguiendo instrucciones de mi Gobierno, tengo el honor de transmitirle adjunta una carta que dirige el Presidente de la República del Iraq, Saddam Hussein, a los pueblos y Gobiernos de Occidente, entre ellos los Estados Unidos de América.

Le agradecería que tuviera a bien hacer distribuir la presente carta y su anexo como documento de la Primera Comisión, en relación con el tema 74 del programa, titulado "Desarme general y completo".

*(Firmado)* Mohammed A. **Al-Douri**  
Embajador  
Representante Permanente



## **Anexo de la carta de fecha 1º noviembre de 2001 dirigida al Secretario General por el Presentante Permanente del Iraq ante las Naciones Unidas**

### **El Presidente Saddam Hussein dirige una tercera carta abierta a los pueblos y Gobiernos de Occidente**

El Presidente Saddam Hussein dirige una tercera carta abierta a los pueblos y Gobiernos de Occidente, entre ellos los Estados Unidos de América. El texto de la carta es el siguiente:

*En nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso*

Una vez más enviamos una carta a todos los pueblos y los Gobiernos de Occidente, incluido el de los Estados Unidos de América.

La paz sea sobre aquellos que esperan de nosotros un saludo de paz o sobre los que responden diciendo “Y que la paz sea con vosotros también”.

El mundo entero centró su atención en el análisis y seguimiento de los sucesos del pasado mes de septiembre. Aunque la mayoría de la gente no hizo un análisis profundo de los hechos, actualmente, a nuestro parecer, son muchos más los que sí lo hacen. También ha aumentado el número de autoridades gubernamentales que analizan ahora con detenimiento las circunstancias, causas, consecuencias y efectos de esos sucesos. Su comportamiento, cuando ocurrieron los hechos, fue deplorable para aquellos que ignoran que no todas las personas pueden reflexionar adecuadamente sobre los grandes sucesos o las circunstancias complejas, igual que no son muchos los que pueden meditar acerca de aquello que es lo mejor.

Afirmo que, ahora que se han calmado relativamente los ánimos en los espíritus y los corazones de quienes tanto condenaron como aplaudieron los hechos, la función de los dirigentes, apoyados por sus pueblos, debe ser acorde con la responsabilidad que dichos dirigentes asumen y la función que ésta les impone. La principal atribución del dirigente es salvar de los peligros, y no sólo señalando las zanjias oscuras en el camino, sino impidiendo que aquellos que no ven la señal, caigan en un abismo. La siguiente atribución o característica es la de la exaltación, por la que se exalta al máximo la condición de quien es responsable de ellos y de sus bienes, así como el potencial de pensamiento y acción que atesoran. Cuando un pueblo o una nación se enfrentan a un peligro, no sólo resulta necesario que los gobernantes hagan uso de sus dotes de mando para conjurar dicho peligro sino que, además, analicen las causas de dicho peligro para aliviarlas o abordarlas de raíz, y así poder eliminarlas o evitar que vuelvan a manifestarse.

Lamentablemente, he de decir que, hasta el momento, la atención general que suscita este enfoque sigue siendo escasa. Y son los Gobiernos occidentales los primeros que flojean a la hora de aplicar la solución correcta. A pesar de que se han alzado algunas voces entre el pueblo, en el colectivo de periodistas y escritores y, de manera muy restringida, entre aquellos que se preparan en la sombra para sustituir a los gobernantes allí, las voces de estos últimos, sin embargo, siguen siendo vacilantes, y abordan el caso en función de los intereses que persiguen y la poltrona que aspiran a ocupar, y también dependiendo de la influencia que pueden ejercer en los centros de poder. Por lo que respecta a los Estados Unidos, esperamos que su pueblo, si contempla los hechos como realmente son, sea más consciente que su

Gobierno, a menos que dicho Gobierno consiga zafarse de la influencia determinante del sionismo y de la que ejercen otros centros de presión, que sirven a unos intereses que responden a fines bien conocidos.

Los sucesos del 11 de septiembre, las reacciones de las personas enfurecidas y de las que intentaban sacar partido de la situación, la injusta agresión contra el Afganistán, basada en meras sospechas, así como las declaraciones emitidas por los medios de comunicación o pronunciadas por dirigentes de los Estados Unidos y de otros países, han puesto de manifiesto que una chispa de Occidente, aunque venga del otro lado del Atlántico, puede incendiar el mundo. Naturalmente, es más fácil encender un fuego que extinguirlo, y porque las buenas acciones exaltan el alma y la condición y las malas acciones degradan ambas, hacer el mal es más fácil para quien se siente seducido y arrastrado por el mal.

Teniendo presente esta imagen realista, el mundo entero debe salvarse del abismo profundo al que quizás le estén empujando los Estados Unidos, u otros países, personas u organizaciones a su imagen y semejanza. De hecho, ahora que conocemos hasta qué extremos llega el comportamiento de los gobernantes estadounidenses en las crisis, podemos decir que el mundo debe salvar a los Estados Unidos y así salvarse a sí mismo. En caso contrario, los Estados Unidos lo arrastrarán en su caída a una sima profunda, de la que no podrán salir hasta que ésta rebose de sangre y tragedias, si es que antes no se ahogan quienes no sepan nadar.

Como ya dijimos tiempo atrás a los que nos atacaron en 1991 y después, entre ellos los Estados Unidos, durante el episodio inmortal que constituyó la Madre de todas las Batallas y antes de ese enfrentamiento, ahora el mundo, como el Iraq y nuestra Nación árabe, necesitan que el pueblo del Iraq resista la agresión, consiga que sus dardos yerren el blanco y no permita que los Estados Unidos resulten victoriosos, porque la victoria de los Estados Unidos y de sus aliados contra el Iraq, ¡Dios no lo quiera!, acallará las posiciones y opiniones críticas a nivel internacional y regional e impedirá que éstas se manifiesten durante mucho tiempo, en el que se crecerán la injusticia y la tiranía. Los Estados Unidos no necesitan de más engaños y arrogancia porque, si derrotan al Iraq, ¡Dios no lo permita!, los nuevos engaños los llevarán a cometer engaños mayores que, en lugar de alejarlos del abismo, los acercarán a él, y con ellos al mundo.

Así es. Hay que hacer frente al engaño y la arrogancia, hay que oponerse a la injusticia, hay que detener a quienes causan daño y lanzan ascuas ardientes a la cara del prójimo. Partiendo de lo que hemos dicho en relación con el Iraq, que hace frente a las agresiones que se le infligen, así el mundo debe, en estos momentos, hacer malograr los planes de agresión de los Estados Unidos, especialmente la injusta agresión que han lanzado contra el pueblo del Afganistán, a la que debe poner fin.

De nuevo afirmamos que quien se siente tratado con injusticia, si no encuentra a nadie que impida o detenga dicha injusticia, buscará por sí mismo la forma de acabar con ella. Ciertamente, no todas las personas son capaces de encontrar la mejor manera de acabar con las injusticias que padecen; simplemente, hacen uso de medios acordes con sus propios criterios y capacidades, porque no todos pueden lograr lo que está más allá de sus posibilidades, y así acceder a mejores ideas o medios.

Con el fin de encontrar el mejor camino, aquellos que son tratados con injusticia, después de encomendarse a Dios y a sus derechos, no deben aislarse del medio natural del que forman parte, ni ignorarlo deliberadamente o como consecuencia de

un error de apreciación por parte de los responsables de ese medio; antes bien, éstos deben proporcionarles confianza y ayudarles a salvarse ellos mismos y el medio en el que se desenvuelven.

Es lógico que afirmemos que resulta necesario imponer en este mundo los castigos correspondientes a las malas acciones, porque lo que es necesario en el mundo ultraterreno ha de serlo también en este mundo. Pero el castigo en la otra vida siempre es justo, porque los profetas y mensajeros de Dios —la oración y la paz sean sobre ellos— cuando advertían sobre los castigos que se impondrían en la otra vida o en este mundo lo hacían siguiendo el mandato de Dios sobre lo que es justo, y no sobre la base de sospechas o caprichos. Cualquier castigo que sea impuesto por el hombre debe ser justo y ecuánime para ser convincente. Tengo la impresión de que vosotros, o al menos vuestros gobernantes, a menudo criticáis a quienes decidís criticar, en países que no pertenecen al ámbito de Occidente, con el fin de debilitarlos, diciendo que aquellos a quienes criticáis hacen uso de leyes de excepción, y las leyes de excepción según vuestros criterios no pueden considerarse la norma general. Sin embargo, actualmente, a diferencia de lo que estábamos acostumbrados a oír contra quienes acusáis de practicar la dictadura y el despotismo, hemos empezado a ver cómo lo Gobiernos de los Estados de Occidente, y al frente de ellos los Estados Unidos, por un solo hecho doloroso acaecido allí, adoptan decenas de medidas y leyes de excepción.

¿Acaso sabéis vosotros, gente principal, cuántos dolorosos sucesos han caído sobre Estados y pueblos a los que acusábais de antidemocráticos, y que esos sucesos, y todo lo que acarrearón, son más grandes y graves que los que tuvieron lugar en los Estados Unidos de América el 11 de septiembre? Sólo esto, por poner un ejemplo, debe ser objeto de preocupación entre los occidentales, tanto entre sus pueblos como entre sus gobiernos, a pesar de que este no es el tema que nos ocupa en principio ...

Volvemos a repetir que la injusticia y la presión por todo lo que está cayendo sobre la gente llevan a que ésta explote y, a pesar de que las explosiones no responden a un modelo ni son organizadas todas, es de esperar que produzcan daños a quienes las realizan —y a otros—, y puede que sus efectos sobrepasen lo previsto. Teniendo esto en cuenta, no hemos presenciado más que respuestas equilibradas por parte de los gobiernos a los que se acusa de ser antidemocráticos. Es preciso mirar los sucesos del 11 de septiembre sólo sobre esta base, si es que los estadounidenses siguen convencidos, y con ellos el mundo, de que quien provocó dichos sucesos venía de fuera.

Y para no cansarnos, y centrar la atención de quienes nos escuchan en lo importante —o mejor, en lo más importante—, volvamos a ocuparnos de lo que ya dijimos, que el mundo, toda vez que ha quedado claro que cualquier fuego que se declara en él puede propagarse a toda su superficie, debe, en primer lugar y antes que nada, establecer una justicia basada en la imparcialidad, y no utilizar la fuerza según criterios oportunistas y de poder. No hay sentido más elevado ni mejor a este respecto que lo que aprendimos y sabemos en relación con lo que Dios ordenó que fuese y que no fuese. Y cuando diferimos a la hora de entender la esencia [*de esa enseñanza*], [*debemos recurrir al criterio de*] que aquello que deseamos para nosotros mismos no debemos impedir que sea lícito para otros, o que otros lo disfruten, y que es preciso que no midamos a los demás con otra medida [*que la que usamos para nosotros mismos*] ofreciéndoles lo que no queremos para nosotros, o aquello que

rechazamos cuando nos toca. Todos se dan cuenta de que nadie que esté inmerso en una sociedad de hambrientos puede tener riquezas y disfrutar con seguridad de ellas. La preocupación será mayor si sus riquezas las ha conseguido aprovechándose de los hambrientos y si ha medrado a costa de éstos. El segundo Califa del Islam, Omar Ibn al-Jattab —que Dios esté satisfecho de él— ordenó que se dejase de castigar con la amputación de la mano a los ladrones en el año de Ar-Ramada [*el año de la Gran Sequía*], a pesar de que esta pena está muy claramente escrita en El Corán, y ello porque se dio cuenta, con su sentido piadoso de la justicia, de que cuando alguien pasa hambre, él y su familia, quizás las normas correctas de la fe ya se hayan transgredido, y que por ello, Al-Jattab —que Dios esté satisfecho de él— consideraba que el hambre era un pecado mayor que el robo, y que la salvación del alma de la muerte era más importante que salvar una propiedad, y por ello dejó en suspenso el mandamiento prescrito en la *sharía*. Y la gente de estos tiempos, ¿ha aprendido acaso esta lección, para así poder vivir en seguridad y con tranquilidad? ¿O a quienes afecta la cuestión se imaginan que la seguridad que tanto persiguen para sí mismos la lograrán cuanto más maten, aterroricen y sometan a hambre al prójimo?

Las noticias que nos han llegado en estos últimos días dicen que los responsables estadounidenses se inclinan a pensar que el origen [*de las esporas*] de ántrax sean los mismos Estados Unidos de América. No sabemos si esta conclusión o este dato es una simple táctica, para desviar la atención de la afirmación, que asustó a tantos, de que la fuente del ántrax es Bin Laden, con el terror que produjo esta acusación, que, junto con otras acusaciones, hacen que muchos estadounidenses digan que no hay que insistir en dañar a la gente que aprecia, porque ello quizás le llevaría a contraatacar de forma más fuerte, por este medio u otro. ¿No será que quien llevó a cabo esto [*la propagación del ántrax*] lo hizo para desviar la atención de la opinión pública estadounidense por las deficiencias de los servicios secretos estadounidenses en relación con los sucesos del 11 de septiembre, y se ha encontrado ahora con que sus fines se han cumplido, lo que obliga a enterrar el hecho [*del ataque*] y olvidar a quienes lo cometieron?

En cualquier caso, este asunto y otros señalan que las armas de destrucción en masa se han convertido en una carga para quienes las poseen y para la humanidad, si no son absolutamente necesarias como medio de defensa propia y de la nación. Por ello, lo que los estadounidenses tienen que hacer, en vez de darse tantos trabajos y de preocupar además al mundo con lo que llaman escudo antimisiles —con el que van a esquilmar su hacienda y la del prójimo, y van a dejar vacíos los bolsillos de los contribuyentes estadounidenses— en vez de cansar al mundo, digo, y cansarse ellos mismos atacando a tal o cual pueblo, lo que deben hacer es dedicarse a acabar con las armas de destrucción en masa, primero en los mismos Estados Unidos, y después en el mundo. Está más que claro que Occidente, incluidos los Estados Unidos, fue el que primero creó las armas de destrucción en masa, y con ellas nos referimos a las armas nucleares, biológicas y químicas, y que Occidente, y en primer lugar los Estados Unidos de América, fue el primero que utilizó estas armas de destrucción masiva. Los sucesos de septiembre, y la afirmación de los mismos Estados Unidos de que el origen del ántrax pudiera estar en los Estados Unidos, señalan con claridad la necesidad de que el mundo coopere, sobre la base de un acuerdo solidario, para acabar con la carga y el peligro que suponen las armas de destrucción en masa, como un primer paso, que quizás anime a dar otros, si así disminuyen la agresión y la injusticia. Realmente, el primer peligro que afronta la humanidad, y los pueblos de los Estados Unidos de América en la actualidad son las armas de

destrucción en masa, y con ellas las armas de este tipo que obran en poder de la entidad sionista, y con ellas también, o después de ellas, las armas de este tipo que tienen otros Estados.

Porque los Estados Unidos están al otro lado del Atlántico, son los primeros a quienes se pide que lleven a cabo esta iniciativa [*de desarme*] para confirmar su misma credibilidad. Y porque la entidad sionista usurpa y mancilla tierra árabe y los Santos Lugares de los creyentes, y oprime al hombre árabe y lo trata injustamente ... porque se espera que la entidad persista en su tonto comportamiento, y porque la reacción de la gente oprimida es algo que debe esperarse también ... sigue siendo imprescindible quitar a la entidad sionista estas armas ...

En ese momento, cuando los Estados Unidos muestren su voluntad efectiva de desarmarse, no creemos que exista nadie en el mundo que piense en quedarse fuera de un plan de acción semejante ... Y como no es de esperar que se dirija otro ataque a través del Atlántico contra los Estados Unidos de América, los Estados Unidos de América tienen menos necesidad de estas armas que otros Estados ... Y quien tiene menor necesidad que otros, debe ser quien dé inicio al desarme en sí mismo, para que otros sigan su ejemplo.

Entonces, los Estados Unidos tratarán al mundo con moderación, y se dejarán guiar por la senda de la sabiduría, y el mundo los tratará con respeto y afecto, tras haber sentido el mismo afecto y respeto viniendo de los Estados Unidos de América. Entonces, el mundo —incluidos los Estados Unidos de América— estará en paz y no al borde del abismo ... Y la vigilancia de cualquier contravención que ponga en peligro la paz estará basada en una solidaridad verdadera ... La solidaridad de los valientes y rectos, y no la solidaridad que se declara en función del miedo y bajo el bramar del más fuerte, o basada en la codicia, para aprovechar cualquier ocasión que se presente y sacar algún partido ...

Dios mío, ¿he transmitido mi mensaje? Dios mío, hago la profesión de fe ...

Dios es más grande ... Dios es más grande ...

Saddam Hussein  
29 de octubre de 2001